

DANIEL DEFOE

VIDA Y EXTRAORDINARIAS
Y PORTENTOSAS AVENTURAS DE

ROBINSON CRUSOE,

DE YORK, NAVEGANTE

Prólogo de
Alberto Manguel

Traducción del inglés de
Carlos Pujol

 Siruela

Tiempo de Clásicos

Prólogo

El 25 de abril de 1719, un tal Daniel Defoe, hijo de un fabricante de velas, publicó un apócrifo libro de viajes que adquirió, poco después de la muerte de su autor, celebridad en el mundo entero. Defoe frisaba entonces los sesenta años y había sido muchas cosas en su más de medio siglo de vida: calcetero, mercader, aventurero que había participado en la rebelión del duque de Monmouth contra el rey Jaime II y que milagrosamente escapó del sangriento castigo impuesto a los rebeldes, incauto especulador cuyas erradas inversiones lo condujeron a la bancarrota, autor de panfletos satíricos por los que fue condenado a la cárcel, secretario de hombres políticos adinerados y poderosos, escritor de tratados religiosos y económicos, y talentoso novelista.

La primera crónica de Robinson Crusoe, presentada bajo el título de *Vida y extrañas y portentosas aventuras de Robinson Crusoe*, fue seguida un año después por unas *Reflexiones serias* sobre las aventuras iniciales, con el subtítulo de *Visión del mundo angélico*, una suerte de lectura alegórica de la novela. A esta siguió un volumen de *Más aventuras de Robinson Crusoe* que fue incorporado en nuevas ediciones de *Vida y extrañas y portentosas aventuras de Robinson* y luego, en el siglo XIX, eliminado. Innumerables traducciones e imitaciones avalan la fama del libro de Defoe, que llegó incluso a crear un género propio, la *robinsonade*, cuyas manifestaciones más recientes son la novela *La isla de hormigón* de J. G. Ballard y el film *Gravity* de Alfonso Cuarón.

La inspiración de Defoe fue la crónica de un verdadero naufrago, Alexander Selkirk, abandonado en la isla de Juan Fernández durante cuatro largos años. Borges imaginó que Selkirk (o Robinson), ya rescatado y viviendo en Inglaterra, seguiría pensando en ese otro «yo» anclado para siempre a su isla desierta. Borges ofrece a Selkirk estas palabras a guisa de conclusión:

*¿Y cómo haré para que aquel otro sepa
que estoy aquí, salvado, entre mi gente?*

Lo cierto es que nunca se llega a una isla desierta sin también querer dejarla. Desde tierra firme, soñamos con partir, navegar más allá del horizonte, desembarcar allí donde no hay nadie y donde podremos reconstruir el mundo tal como se nos antoja, rigiendo despóticamente un pequeño universo. Pero una vez en la isla, una vez rodeado de frío, hambre, miedo, aburrimiento y desolación, lo único que pedimos es que nos saquen de allí. Por eso, cuando le preguntaron a G. K. Chesterton qué libro llevaría a una isla desierta, respondió: «Un manual de construcción de barcos».

Nunca se llega a una isla desierta por primera vez. Aunque pensemos que ninguno antes haya puesto el pie en tal o cual playa, el acto mismo ya existe en los anales de nuestra memoria literaria. El pionero fue Robinson Crusoe, quien pisó la arena para siempre una mañana de octubre de 1659. Desde entonces, esperanzados, no hacemos más que repetir su gesto. Los Robinsones suizos, los repetidos naufragos de la Isla de Gilligan, el séquito del Señor de las Moscas, los patéticos concursantes de la televisión-realidad, el entusiasmado Neil Armstrong dando su gigantesco paso sobre esa isla que es la Luna, todos siguen la coreografía inventada por Daniel Defoe para su pobre *gentleman* británico. Porque Robinson es un *gentleman*. No habla otra lengua que el inglés (nos cuenta que deja a bordo varios libros pertenecientes al capitán del navío porque están en portugués), no tiene otra religión que la protestante (también deja atrás ciertos libros papistas), cree firmemente que los que no son como él son todos salvajes (caníbales y, además, negros)

y se adapta sin mayores quejas a la tarea de civilizar el mundo más allá de las fronteras del Imperio (aunque ese mundo se reduzca a una isla rocosa). Virginia Woolf escribió que Robinson «es incapaz de entusiasmo»: todo se le presenta como se le presentaría a una inteligencia naturalmente cautelosa, aprehensiva y convencional. Todo lo sabe hacer: construir su casa, alzar una empalizada, dibujar mapas del territorio virgen, curtir la piel de cabra y hacerse un traje, plantar trigo, fabricar vasijas de barro, cocinar. ¡Tantas ocupaciones para la mayor gloria de su Majestad Británica y que nadie se entere! Karl Marx, en *El capital*, anota que todas estas actividades de Robinson no son nada más (y nada menos) que modalidades diferentes de la labor humana.

Entonces Defoe introduce a Viernes. Sin Viernes, sin el inculto, primitivo, salvaje Viernes, las hazañas de Robinson serían tristemente secretas, no tendrían público. Sin su sombra (porque al fin y al cabo ¿qué es Viernes si no un Robinson sombrío, rústico, igual de solo y de desdichado?), Robinson se desvanecería, se volvería, como aquel precursor griego que erró de isla en isla durante diez largos años antes de volver a Ítaca, un Nadie. O ni siquiera Nadie, ya que, hasta la aparición de Viernes, Robinson carece de nombre puesto que carece de interlocutor; es decir, de diálogo, es decir, de lengua, es decir, de pensamiento. El cuaderno de notas en el que Robinson apunta sus reflexiones no basta para darle identidad: un escritor necesita de un lector para cobrar vida, ya que, como sabemos, la literatura es un arte binario. Tampoco son suficientes el perro, el gato, la cabra, el loro que sucesivamente aparecen en la vida del naufrago, animales de compañía, cierto, pero no de conversación, solo de compartido monólogo. Viernes, en cambio, tiene el don de la palabra y, con más talento que Robinson, quien no hablará nunca la lengua de Viernes, Viernes aprenderá la de Shakespeare para ser instruido por Robinson en la religión cristiana. No sabemos qué maravillosas creencias hubiera podido enseñarle Viernes a Robinson. Lo cierto es que Viernes es necesario para que Robinson exista. Con el descubrimiento de la huella del pie de Viernes la isla comienza a poblarse. La aparición de otro ser humano alienta la aparición de muchos

y Defoe puebla la solitaria isla de Robinson con los caníbales, los diecisiete marineros europeos rescatados, el marinero español, la tripulación inglesa prisionera de los amotinados. Son demasiados.

Viernes, por su parte, existe en la imaginación de Robinson desde antes de dejar el puerto de Hull en Inglaterra. Previo al descubrimiento de la huella de Viernes en la arena, el salvaje ya es para Robinson aquel otro cuyo destino, por no ser inglés, no ser cristiano, no ser blanco, es el de servir a quienes sí lo son. Para Viernes, para los descendientes de Viernes, la Declaración de los Derechos del Hombre de algo más de un siglo más tarde, no tendrá peso alguno. La esclavitud será abolida, sí, pero la reemplazarán otros oprobios: dictaduras locales, explotaciones multinacionales, expropiaciones de tierras, genocidios, destrucción de los recursos naturales, hambrunas, éxodos, el exilio de los sin papeles. El destino de Viernes es ser, si no esclavo, entonces algo meramente inferior a Robinson. Su tarea es aprender, servir, atender, trabajar para satisfacer a sus amos, estar agradecido. Quizás para aprender esta lección de injusticia quiso Rousseau que *Robinson Crusoe* fuese para su Émile el libro de cabecera.

Alberto Manguel

Prefacio del autor

Si alguna vez el relato de las aventuras de un hombre ha sido digno de publicarse y de ser bien acogido por el público, el editor cree que este es el caso de esta historia.

Lo portentoso de la vida de este hombre supera (eso cree) a todo lo dicho, siendo difícil hallar en otra vida mayor variedad.

La historia está contada con modestia, con seriedad, y haciendo que los hechos sirvan de ejemplarización religiosa, que es como los hombres cuerdos los utilizan siempre; es decir, que sus fines son instruir a los demás con este ejemplo, y justificar y honrar la sabiduría de la Providencia, en todo género de circunstancias, dejando que estas se produzcan como quieran producirse.

El editor cree que esta es una historia completamente real, y que no hay en ella ni sombra de invención; habrá, porque siempre tales cosas suscitan opiniones diversas, quien piense en lo aleccionador del relato, quién en lo ameno, quién en lo instructivo, pero todo conduce a lo mismo, y así es como, sin más cortesías para con el mundo, el editor cree, al publicar esta obra, prestar un gran servicio a quien la lea.

Primeras aventuras¹

Yo nací en el año 1632 en la ciudad de York, de buena familia, pero no del país, ya que mi padre era un extranjero natural de Bremen que primero se instaló en Hull; se hizo una buena posición gracias al comercio, y luego, abandonando sus negocios se trasladó a York, en donde casó con mi madre, cuya familia se apellidaba Robinson, una familia muy bien reputada en la comarca, y por lo cual yo me llamaba Robinson Kreutznaer; sin embargo, por una corrupción del nombre, cosa muy común en Inglaterra, ahora nos llaman, quiero decir que nos llamamos y así solemos firmar, Crusoe, y así es como mis compañeros me llaman siempre.

Tenía dos hermanos mayores que yo, uno de los cuales fue teniente coronel en un regimiento inglés de infantería, en Flandes, que años atrás había sido mandado por el famoso coronel Lockhart, y murió en una batalla contra los españoles, cerca de Dunkerque². Por lo que respecta a mi segundo hermano, supe tan poco de sus andanzas como luego mis padres supieron de las mías.

Siendo el tercer hijo de la familia, y al no haber aprendido

¹ El original de la novela no está dividido en capítulos: la división que se establece aquí no tiene otro fin que el de facilitar la lectura. (*N. de la E.*)

² Se refiere quizá al sitio de Dunkerque, en 1646, por el ejército francoholandés, que obligó a capitular al gobernador español. (*N. del T.*)

ningún oficio, pronto se me llenó la cabeza de proyectos, de vagabundeo. Mi padre, que era muy anciano, me había dado una buena educación, todo lo buena que puede recibirse en casa y en una escuela rural, y decidió que me dedicara a la abogacía; pero mi única ambición era hacerme marino, y esta inclinación me llevó a oponerme tan decididamente a su voluntad, es decir, a las órdenes de mi padre, así como a las súplicas y advertencias de mi madre y mis demás amigos, que parecía haber algo fatal en esta propensión de la naturaleza que me encaminaba derechamente hacia la vida de infortunio a que estaba destinado.

Mi padre, hombre grave y prudente, me dio profundos y excelentes consejos para hacerme desistir de los proyectos que preveía en mí. Una mañana me llamó a su habitación, en donde le retenía la gota, y discutió vivamente conmigo acerca de esta cuestión. Me preguntó qué razones, al margen de una simple propensión a la vida aventurera, podía tener yo para abandonar mi casa paterna y mi patria, en donde no me faltarían relaciones para situarme, y en donde tenía la perspectiva de adquirir una fortuna con constancia y laboriosidad y llevar una vida desahogada y tranquila. Me dijo que los hombres que se lanzaban a recorrer mundo en busca de aventuras, o bien eran desheredados de la fortuna, o bien hombres de alta condición que querían probar su valor y hacerse famosos acometiendo grandes empresas por caminos ignorados por la mayoría de las gentes; la primera de estas dos posibilidades, siguió mi padre, está muy por debajo de ti, la segunda muy por encima; que mi camino estaba en un término medio, lo que podría llamarse el grado superior de la vida modesta, situación que su larga experiencia le había demostrado ser la mejor del mundo, la más apropiada para la felicidad humana, al abrigo de las penalidades y las privaciones, del trabajo y de los sufrimientos de los que ganan el sustento con sus manos, y a salvo del orgullo, el lujo, la ambición y la envidia de los poderosos. Me dijo también que había una prueba de la felicidad de ese estado: que esa era la situación que todo el mundo envidiaba, que los reyes se lamentaban frecuentemente de las terribles consecuencias que tenía para ellos el haber nacido de tan noble cuna, y que hubiesen preferido estar en medio de los dos extremos, entre los

pequeños y los grandes; que el sabio era de la misma opinión, al considerar el término medio como el modelo de la felicidad, rogando a Dios que le alejase tanto de la pobreza como de la riqueza.

Me hizo observar algo que más tarde tantas veces comprobé por mí mismo: que son siempre los hombres de más alta y de más baja condición los que comparten los reveses de la vida; que en la posición intermedia se conocen muy pocos de estos reveses, y no se está expuesto a muchas de las vicisitudes que afligen a los que se hallan en lo más alto o en lo más bajo; que, por ejemplo, no sufren tantos males y desazones, ya sea de cuerpo o de espíritu, como los que, ya sea debido a lo disipado, muelle o extravagante de sus vidas, o bien a lo duro de las condiciones de su trabajo, la penuria o lo insuficiente de su alimentación, se atraen enfermedades como consecuencia natural de su género de vida; que la posición intermedia en la vida era fuente de toda clase de virtudes y de toda clase de goces; que la paz y la prosperidad eran compañeras inseparables de una fortuna regular; que la sobriedad, la moderación, la tranquilidad, la salud, la sociabilidad, todas las gratas distracciones y todos los placeres deseables, eran las bendiciones que se derramaban sobre la posición intermedia en la vida; que por este camino los hombres cruzaban apacible y serenamente el mundo, y lo abandonaban también serenamente, sin sentir el peso del trabajo manual ni del intelectual, ni entregados a una vida de esclavitud para ganar el pan cotidiano, ni atormentados por las contradicciones que roban la paz del alma y el descanso del cuerpo; ni aguijoneados por la pasión de la envidia, ni consumiéndose en el fuego oculto de la ambición de las grandes empresas; sino que, en medio de facilidades, se deslizan suavemente por la pendiente del mundo, gustando lo dulce del vivir sin ninguna de sus amarguras, sintiéndose felices y aprendiendo por la experiencia de cada día a ser más conscientes de esta felicidad.

Después de esto, me instó vivamente y en los términos más afectuosos, a que no me portara como un joven atolondrado, precipitándome en busca de desgracias, contra las que la naturaleza y la posición que me daba mi nacimiento parecían ha-

berme querido defender; añadió que yo no tenía necesidad de ganarme el sustento por mí mismo; que él proveería gustoso para ello, tomándome a su cargo hasta hacerme alcanzar la posición que acababa de aconsejarme; y que si en la vida no conseguía hacer fortuna y ser feliz, solo a la adversidad o a mí mismo podría hacer reproches, ya que él quedaba libre de toda responsabilidad después de cumplir su deber previniéndome contra los proyectos que sabía funestos para mí; en una palabra, que me proporcionaría toda la ayuda necesaria si consentía en no partir y en echar raíces en la casa paterna, como era su criterio, pero que en caso contrario no quería contribuir en modo alguno a mi desgracia, y no haría nada para ayudarme a abandonar la casa; para terminar me recordó el ejemplo de mi hermano mayor, con quien había empleado los mismos argumentos que conmigo, para disuadirle de que partiera para las guerras de los Países Bajos, pero todos los consejos fueron inútiles, y su fogosidad juvenil le había llevado a enrolarse en el ejército en donde halló la muerte; dijo finalmente que no dejaría de rezar por mí, pero que se atrevía a predecir que, si yo cometía la locura de marcharme, la bendición de Dios no me acompañaría, y que llegaría la hora en que yo reflexionase sobre el haber desoído sus consejos, pero que para entonces ya no tendría a nadie a mi lado para asistirme en el infortunio.

Advertí que en la última parte de sus razonamientos, que fueron realmente proféticos, aunque naturalmente entonces mi padre ignoraba aún que debían serlo; decía que advertí que las lágrimas corrían copiosamente por sus mejillas, sobre todo cuando habló de la muerte de mi hermano; y luego cuando dijo que llegaría la hora en que me arrepentiría de mi decisión y no tendría a nadie a mi lado para asistirme, pareció conmovirse tanto, que interrumpió sus razonamientos, y me confesó que no se sentía con fuerzas para seguir hablando.

Quedé muy impresionado por estos razonamientos, y la verdad es que ¿a quién hubieran dejado indiferente?, y resolví abandonar para siempre la idea de partir, y establecerme en la ciudad según los deseos de mi padre. Pero ¡ay!, bastaron pocos días para que este propósito se desvaneciera; y, en resumen, para evitar que mi padre entorpeciera la marcha con

sus recomendaciones, pocas semanas después decidí partir a un país muy lejano; sin embargo no obré con tanta rapidez como el calor del primer impulso parecía augurar, sino que fui a hablar con mi madre, en un momento en que consideré que su disposición de ánimo era más favorable que de ordinario, y le dije que todas mis ilusiones se cifraban en ver mundo, que nunca tendría la fuerza de voluntad suficiente para perseverar en algo de lo que me proponían, y que mi padre obraría mejor dándome su consentimiento que obligándome a irme sin él; que ya tenía dieciocho años y que ya era demasiado tarde para empezar el aprendizaje de un oficio o para introducirme en el mundo de la abogacía; que estaba seguro de que, en caso de que emprendiera este camino, no sería capaz de seguir en él por mucho tiempo, y que sin ninguna duda terminaría fugándome de la casa en donde trabajara, para embarcarme; y que si ella quería hablar con mi padre para que me permitiera hacer un viaje por mar, en caso de que yo regresara desengañado de la experiencia, renunciaría para siempre a mis proyectos y le prometía recuperar el tiempo perdido redoblando mi aplicación al trabajo.

Al oírme mi madre se encolerizó extraordinariamente. Dijo que no tenía la menor intención de hablar con mi padre sobre este punto; que él sabía demasiado bien cuál era el verdadero camino de mi provecho para consentir en algo tan perjudicial, y que ella no podía comprender cómo yo seguía pensando en tal cosa, después de todos los razonamientos que me había hecho mi padre, y de todo el afecto y la ternura que sabía mi padre había empleado al hablar conmigo; y que, en resumen, si yo seguía empeñado en perderme, nadie me alentaría a hacerlo; que tuviese por seguro que jamás obtendría su consentimiento; que por su parte ella no quería ser cómplice de mi desgracia; y que nunca podría decir que mi madre había favorecido un proyecto de este género, en contra de la voluntad de mi padre.

A pesar de que mi madre se negó a interceder con mi padre, luego he sabido que contó a mi padre todo lo que habíamos hablado con ella, y que mi padre, después de lamentarse amargamente, dijo suspirando:

—Este muchacho hubiera podido ser feliz de quedarse aquí,

pero si nos deja será el más desgraciado de los mortales; yo no puedo consentirlo.

Aún no se había cumplido un año de estas escenas, cuando me escapé, aunque durante todo este tiempo seguí obstinadamente haciendo oídos sordos a todas las proposiciones que me hicieron para introducirme en el mundo de los negocios, y discutí frecuentemente con mis padres, arguyendo contra su enérgica determinación de oponerse al camino al que mis inclinaciones me llevaban. Pero cierto día, encontrándome casualmente en Hull³, y esta vez sin ninguna intención de fugarme; encontrándome allí, como digo, al hablar con uno de mis amigos que salía para Londres en el barco de su padre, me invitó a que le acompañara, tentándome con el cebo que se suele emplear para con los marineros: el pasaje no me iba a costar nada; no consulté ni con mi padre ni con mi madre, ni se me ocurrió tampoco darles aviso de lo que iba a hacer; y así, dejando que ellos se enteraran como pudieran, sin pedir la bendición del Cielo ni la de mi padre, sin detenerme a considerar ni las circunstancias de la aventura ni sus consecuencias, bien sabe Dios que en mala hora, el 1 de septiembre de 1651, subí a bordo de un barco que se dirigía a Londres; creo que jamás los infortunios de un joven aventurero empezaron tan tempranamente y se prolongaron durante tanto tiempo como los míos; apenas el barco había salido del río Humber, cuando el viento empezó a soplar con fuerza y el mar a encrespase de un modo aterrador. Como era la primera vez que me embarcaba, el mareo junto con el terror que se había adueñado de mí, llegó a lo indecible. Entonces empecé a pensar seriamente en lo que había hecho, y en la manifestación del juicio divino por mi reprobable conducta al abandonar la casa de mis padres y rehuir mi deber; todos los buenos consejos de mis padres, las lágrimas de mi padre, las súplicas de mi madre, todo acudió vivamente al recuerdo; y mi conciencia, que no estaba aún tan endurecida como lo estuvo más tarde, me acusaba de haber

³ Hull, en la costa este de Inglaterra, en la desembocadura del río Humber, es el puerto de mar más próximo a York, a unos cincuenta kilómetros de esta ciudad. (*N. del T.*)

menospreciado sus advertencias y de haber faltado a mis deberes para con Dios y para con mi padre.

A todo esto, la tempestad arreciaba, y el mar, que yo nunca había visto tan de cerca, levantaba olas enormes, aunque sin punto de comparación con las que luego he visto muy a menudo; no, ni siquiera podían compararse con las que vi pocos días después, pero en aquel momento bastaban para impresionar a un marinero bisonño como yo, que nunca había tenido nada que ver con las cosas del mar. Parecía que cada ola iba a tragarnos, y cada vez que el barco se hundía, así lo creía yo, en los huecos que dejaba el movimiento de las olas, pensaba que nunca más volveríamos a la superficie; en medio de la angustia, hice innumerables votos y promesas; pensaba que si Dios me permitía salvar la vida en este viaje y podía pisar de nuevo tierra firme, me dirigiría inmediatamente a casa de mi padre y por nada del mundo me volvería a embarcar; que aceptaría sus consejos y que jamás volvería a pensar en salir en busca de peligros como a los que ahora estaba expuesto. En aquel momento veía con toda claridad lo justo de sus ideas sobre una posición intermedia en la vida, pensaba en lo apaciblemente que había transcurrido toda su vida, sin haber estado nunca expuesto a las tempestades del mar y a los peligros que acechan en la tierra. Y decidí que volvería a casa de mi padre, como un verdadero hijo pródigo arrepentido.

Estos propósitos, tan sensatos y prudentes, duraron lo que duró la tempestad, o poco más; al día siguiente el viento había cesado y el mar estaba más tranquilo, y yo ya empezaba a acostumbrarme a mi nueva situación; sin embargo estuve bastante pensativo durante todo el día, e incluso tuve aún un poco de mareo; pero hacia el crepúsculo, el tiempo se despejó, el viento dejó de soplar, y el atardecer que siguió fue maravilloso; el sol se puso en medio de un cielo purísimo, y a la mañana siguiente el horizonte seguía sin una sola nube; una brisa muy leve, casi imperceptible, un mar inmóvil sobre el que brillaba un sol radiante, me hicieron pensar que aquel era el espectáculo más hermoso que había contemplado en mi vida.

Aquella noche había dormido bien y ya no tenía mareo, de modo que me encontraba muy animoso, contemplando lleno

de asombro aquel mar tan agitado y amenazador el día antes y que al cabo de tan poco tiempo aparecía tan tranquilo y hermoso. En esto, temiendo que yo perseverase en mi resolución de regresar a mi casa, mi compañero, el que me había arrastrado a aquella aventura, se me acercó para hablarme:

–Bueno, Bob –dijo, dándome una palmada en el hombro–, ¿cómo te encuentras después de lo de ayer? Apuesto a que la noche pasada te asustaste cuando hizo aquella rafaguita de viento, ¿no?

–¿Tú llamas a eso una rafaguita? ¡Fue una tempestad espantosa!

–¿Qué tempestad? ¡No seas infeliz! –replicó–. ¿A eso le llamas tempestad? Vamos, hombre, si no fue nada. Tú dame un buen barco y mar por delante y me río yo de turbonadas así; lo que pasa es que tú eres un marinero de agua dulce, Bob. Anda, vamos a beber un trago de ponche, y a no pensar más en eso. ¿Has visto qué tiempo más delicioso hace ahora?

En fin, para abreviar este triste capítulo de mi historia, solo diré que seguimos la tradición marinera; hicimos el ponche, me emborraché, y en el desvarío de aquella noche me olvidé de mi arrepentimiento, de todas mis reflexiones sobre mi conducta pasada, de todos mis buenos propósitos para el futuro. En una palabra, del mismo modo que el mar volvía a estar sereno y la calma había sucedido a la tempestad, al poner un poco de orden en mis ideas, una vez desvanecido el miedo de ser tragado por las olas, volví a sentirme dominado por mis ambiciones de antes, y me olvidé completamente de los votos y promesas que había hecho en el momento de peligro. Es cierto que tuve algunos intervalos de reflexión, en los que a veces me asaltaban de nuevo pensamientos de cordura y sensatez, pero yo los rechazaba, luchando contra ellos, como se lucha contra una enfermedad; me dediqué a beber y a rodearme de amigos, y pronto conseguí dominar estos arrebatos, como yo los llamaba, y en cinco o seis días logré una victoria tan absoluta sobre mi conciencia, como ningún otro joven, decidido a acallarla, hubiera podido conseguir. Pero me esperaba aún otra prueba; y la Providencia, obrando como suele hacerlo, decidió así privarme de toda justificación con la que yo pudiera excusar mi

proceder. Y ya que en la primera ocasión no quise reconocer su aviso, el que siguió fue de tal magnitud que incluso el peor y más empedernido de los hombres se hubiera visto obligado a reconocer lo espantoso del trance y la necesidad de implorar misericordia.

A los seis días de navegación, llegamos a la bahía de Yarmouth; como los vientos habían sido contrarios y el tiempo estaba en calma, habíamos navegado muy lentamente desde la tempestad. Nos vimos obligados a echar el ancla, y allí permanecimos, mientras el viento soplaba del sudoeste, es decir, en dirección contraria a la nuestra, por siete u ocho días, durante cuyo tiempo llegaron muchos barcos procedentes de Newcastle, de los que suelen quedarse en la bahía esperando viento favorable para entrar en el río⁴.

Sin embargo, no era nuestra intención permanecer allí durante tanto tiempo, y hubiéramos dejado que la marea nos hiciera remontar el curso del río, a no ser porque el viento iba adquiriendo cada vez más fuerza, y, alrededor del cuarto o quinto día, adquirió una extraordinaria violencia. Pero como la bahía estaba considerada tan segura como un puerto y estábamos sólidamente anclados, y nuestras amarras eran fuertes, la tripulación se despreocupó del temporal y sin tener la menor sensación de peligro, se dedicó a pasar el tiempo bebiendo y divirtiéndose al uso de los marineros; sin embargo, al octavo día por la mañana el viento arreció, y tuvimos que arriar los masteleros y recoger las rastras, a fin de dar la mayor estabilidad posible al barco. Alrededor del mediodía, el mar estaba muy agitado, el castillo de proa se hundía bajo las olas que barrían una y otra vez la cubierta, y una o dos veces pareció que el ancla se había soltado; en vista de lo cual, el capitán mandó echar el ancla mayor; quedamos así fondeados con dos anclas a proa y habiendo largado los cables hasta la bita.

Para entonces había ya estallado una terrible tempestad, y empecé a ver el terror y la zozobra reflejados en los rostros de los mismos marineros. El capitán no descuidaba ni un solo momento la dirección de las maniobras del barco, pero al entrar y salir

⁴ El Támesis. (*N. del T.*)

de su camarote y pasar junto a mí, le oí decir en voz baja para sí mismo, varias veces:

—¡Señor, ten piedad de nosotros! ¡Estamos perdidos, no hay salvación posible!

En medio de esta confusión, yo estaba como aturrido, aún tumbado en mi camarote, que estaba en la parte de proa, en un estado de ánimo que ahora me resulta imposible describir. Apenas podía volver a pensar en mi primer arrepentimiento, que tan fácil había sido de olvidar a mi duro corazón. Pensé que la horrible idea de la muerte debía ahuyentarse, y que, como la primera, tampoco esta vez ocurriría nada. Pero cuando el propio capitán pasó por mi lado, como acabo de decir, murmurando que estábamos perdidos, el pánico se apoderó de mí. Salí del camarote y miré a mi alrededor; mis ojos nunca habían presenciado una escena tan espantosa: el mar levantaba olas como montañas que se estrellaban contra nuestro barco cada tres o cuatro minutos; cuando conseguí distinguir algo en torno mío, el espectáculo no podía ser más desolador; dos barcos que estaban anclados cerca del nuestro habían tenido que cortar sus mástiles a ras de cubierta para aligerar su peso; y a todo eso nuestros hombres gritaban que un barco que estaba a alrededor de una milla de nosotros se acababa de hundir. Otros dos barcos, tras haberse roto las cadenas de las anclas, eran arrastrados hacia alta mar por el oleaje, a merced de la borrasca y completamente desarbolados. Las embarcaciones ligeras ofrecían menos resistencia al viento y se mantenían mejor sobre el agua; sin embargo, dos o tres de ellas fueron también arrastradas por el viento, y pasaron muy cerca de nosotros, hacia alta mar, con solo la vela cebadera flotando al viento.

Al atardecer, el piloto y el contraestre fueron a pedir al capitán que les permitiera cortar el palo trinquete, a lo que el capitán al principio se negó; pero cuando el contraestre le aseguró que en caso de no hacerlo así el barco zozobraría sin remedio, se vio obligado a consentir; pero una vez cortado el trinquete, el palo mayor amenazó con desplomarse, y sus sacudidas hacían balancear el barco de tal modo que se vieron obligados a cortarlo también, dejando así la cubierta completamente despejada.

Es fácil de imaginar el estado en que me encontraba yo en estos momentos, marinero bisoño que tanto me había asustado por la pequeña borrasca de unos días atrás. Ahora, al cabo del tiempo, al recordar los pensamientos que cruzaban por mi mente en aquel instante, me doy cuenta de que me causaba mucho más horror el pensar en mi arrepentimiento y en la facilidad con que me había olvidado de las decisiones tomadas en un momento de peligro, que la imagen de la misma muerte; y si se añade a esto el terror ante la tempestad, fácilmente se comprenderá el lamentable estado en que me encontraba entonces, y que ahora no sabría describir con palabras. Pero lo peor aún no había llegado; el temporal seguía con tanta violencia que los propios marineros reconocieron que nunca habían visto otro peor; nuestro barco era sólido, pero llevaba exceso de carga y se hundía demasiado en el mar, hasta el punto de que la tripulación gritaba que de un momento a otro íbamos a zozobrar. En cierto aspecto fue una ventaja para mí el no saber lo que quería decir *zozobrar*, y no me enteré de lo que significaba la palabra hasta que lo pregunté más tarde. Mientras, la tempestad arreciaba de tal modo que tuve ocasión de ver algo muy poco frecuente: cómo el capitán, el contramaestre y varios otros miembros de la tripulación, más juiciosos que el resto, rezaban en espera de que, de un momento a otro, el barco se fuera a pique. A eso de la medianoche, y para colmo de desgracias, uno de los hombres, a quien se había encomendado la misión de inspeccionar la cala, subió gritando que había una vía de agua; otro subió diciendo que en la bodega teníamos cuatro pies de agua; se llamó a todo el mundo para que ayudara a manejar la bomba. En este mismo momento creo que me falló el corazón y caí desplomado sobre la cama de mi camarote junto a la que estaba sentado. Pero los compañeros vinieron a levantarme y me dijeron que aunque hasta entonces no había sido útil para nada, en aquel momento era tan capaz como cualquier otro para manejar la bomba; me levanté y fui con los demás a achicar agua con la mejor voluntad. Entretanto, el capitán, al ver que varios barcos carboneros de pequeño calado, no pudiendo esquivar la tempestad, se veían obligados a largar amarras y salir al mar abierto, pasando cerca de nosotros, ordenó disparar un

cañonazo en señal de demanda de auxilio. Como yo no tenía la menor idea de lo que esto quería decir, quedé tan asustado que pensé que el barco había chocado con otro, o que había ocurrido alguna otra tragedia semejante. En resumen, que me asusté tanto que me desplomé desvanecido. Como es lógico, en momentos como estos cada cual se ocupaba solamente de sí mismo, y nadie me prestó atención ni se preocupó por lo que me había pasado; uno de los marineros se acercó a la bomba, me apartó con el pie, sin duda creyéndome muerto, y ocupó mi puesto; tardé bastante en recobrar el sentido.

Seguíamos achicando agua, pero en la bodega el nivel aumentaba en vez de descender y era evidente que el barco iba a hundirse, y aunque la tempestad había amainado un poco, como era imposible recorrer la distancia suficiente para permitirnos llegar a nado hasta el puerto, el capitán seguía disparando cañonazos pidiendo ayuda; y un pequeño barco que había estado fondeado delante de nosotros se arriesgó a arriar un bote para venir en nuestro auxilio. Después de innumerables peripecias, el bote logró aproximarse a nosotros, pero no podíamos salvar la distancia que nos separaba de él, y por su parte él no podía arrimarse al costado de nuestro barco, hasta que, finalmente, los del bote, remando con todas sus fuerzas y arriesgando sus vidas para salvar las nuestras, lograron acercarse más y les echamos por la popa un cabo atado a una boya. Largamos cuerda y con grandes esfuerzos y arrostrando los mayores peligros, lograron asirla, tras lo cual tiramos de ella hasta hacer atracar el bote a la popa, y todos bajamos al bote. Una vez allí, tanto ellos como nosotros, comprendimos que era imposible volver a su barco, y convinimos dejar el bote a la deriva e intentar tan solo acercarlo a la playa tanto como fuera posible, y nuestro capitán les prometió que si el bote sufría algún desperfecto al abordar la costa, él se comprometía a indemnizar a su propietario; y así, unas veces remando y otras manejando el gobernalle, seguimos rumbo norte en dirección a un punto de la costa que coincidía aproximadamente con Winterton Ness⁵.

⁵ Cabo en el mar del Norte, a dos kilómetros de Winterton, en el condado de Norfolk. (*N. del T.*)